

CAPÍTULO 9: ORACIÓN, FE, Y PROMESAS

Hace unos años, un estudiante universitario volaba en una avioneta con uno de los profesores, por asuntos escolares. Cuando se acercaron al aeropuerto donde tenían previsto aterrizar, había una niebla tan densa, que les resultó imposible aterrizar.

El estudiante había estado escuchando acerca de la fe, y reclamando promesas bíblicas, y dijo: «¡Mira esto! ¡Voy a reclamar una promesa bíblica, y hacer que esta niebla se disipe!»

Sacó su Biblia de bolsillo, y buscó uno de los versículos que parecen dar carta blanca: «Todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mateo 21:22).

Reclamó la promesa, orando para que se quitara la niebla. La niebla no desaparecía, y él era un estudiante desanimado.

Muchas personas han malinterpretado el tema de la fe, la oración, y las promesas bíblicas. Hemos escuchado historias como la de la niña con el paraguas. ¡Seguro que todo el mundo la ha oído, a estas alturas! El pueblo necesitaba lluvia, y se anunció que habría una reunión especial de oración en la iglesia, para orar por la lluvia. El día de la reunión de oración, cuando la gente se reunió, una niña trajo su paraguas. Todos sonrieron ante la fe de una niña pequeña. ¡Pero llovió! Y la niña fue la única que no se mojó, de camino a casa. La conclusión obvia es que Dios envió la lluvia porque la niña trajo su paraguas.

Es posible escuchar este tipo de historias, y decidir que la forma de ejercer la fe es arriesgarnos, y luego cortar la cuerda. Eso obligará a Dios a rescatarnos. El diablo se deleita en este tipo de malentendidos, porque le da una maravillosa oportunidad de entrar con dudas y preguntas acerca de Dios, cuando las cosas no salen como esperamos.

La fe es más que un pensamiento positivo. El pensamiento positivo no producirá fe. La fe es confianza en Dios, y la única manera de desarrollar la fe, es aprender a conocer a Dios. Puesto que Él es digno de confianza, a medida que aprendemos a conocerlo, aprendemos espontáneamente a confiar en Él. La fe es confiar en Dios cuando las cosas no salen como esperamos.

Jesús dijo, que el Padre está más dispuesto a darnos buenas dádivas, que los padres a dar cosas buenas a sus hijos (ver Lucas 11). ¿Coincide esa imagen de Dios, con la idea de un Dios que retendría la lluvia, hasta que alguien apareciera con un paraguas? ¿Esperaría arbitrariamente un Dios amoroso, a que sus hijos supliquen, rueguen, y crean lo suficiente, antes de trabajar a favor de ellos? Tales conceptos de fe realmente muestran que pensamos que estamos a cargo, y que Dios está bajo nuestro control. Terminamos confiando más en nosotros mismos y en nuestros intentos de desarrollar el tipo correcto de creencia, cuando deberíamos confiar en un Padre de amor, que está dispuesto y ansioso por darnos todas las bendiciones necesarias.

Un estudio del tema de la oración debe incluir necesariamente un estudio de la naturaleza de la verdadera fe. ¿Alguna vez has orado, y no has recibido lo que deseabas? ¿Cuál es la explicación que se suele dar?

¡Falta de fe! De este modo, no sólo has tenido que soportar la decepción de no haber recibido lo que esperabas, sino que asumiste la carga añadida de cuestionar la autenticidad de tu fe.

Es cierto que la Biblia a veces menciona la fe como un ingrediente esencial para orar y recibir las promesas de Dios. Podríamos enumerar algunas frases conocidas: «Si tenéis fe como un grano de mostaza»; «sin fe es imposible agradarle»; «todas las cosas son posibles para el que cree» (Mateo 17:20; Hebreos 11:6; Marcos 9:23). Elena White dijo:

«Todo fracaso de parte de los hijos de Dios se debe a su falta de fe», y «la obediencia es fruto de la fe» (Patriarcas y Profetas, página 657; El Camino a Cristo, página 61). Así que tenemos abundantes pruebas de que la fe es importante. Y cuanto más importante sabemos que es la fe, más importante es que la entendamos correctamente.

CARACTERÍSTICAS DE LA FE GENUINA

Como ya hemos notado, la fe es confianza. Es más que un asentimiento mental, o un pensamiento positivo. La fe debe tener un objeto. Nunca es un fin en sí mismo. Ella no es algo por lo que se trabaje. Surge espontáneamente, como resultado de conocer a Alguien en quien se puede confiar. Ponemos nuestra fe en una Persona, no en obtener respuestas.

Al parecer, los discípulos de Jesús se dieron cuenta de que la fe era importante, porque un día acudieron a Jesús con una petición: «Señor, auméntanos la fe» (Lucas 17:5-6). Aquí parafrasearé: Jesús respondió: ¿Aumentar tu fe? No necesitas más fe. Tienes que estar seguro de que tienes algo real. La fe no se mide en cantidad. Si tienes fe verdadera, no necesitas mucha. Solo la cantidad de un grano de semilla de mostaza será suficiente.

Un poco de fe, si es genuina, hace lo imposible. Sin embargo, la fe genuina será particularmente importante en el tiempo del fin. Jesús preguntó: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:8). Para el momento de su segunda venida, la tierra estará casi desprovista de la verdadera fe.

La historia clásica que ilustra la naturaleza de la verdadera fe se encuentra en Mateo 15. Jesús se desvió de su camino para encontrarse con una pequeña mujer «pagana», que tenía una gran necesidad. A continuación, se explica lo que esta experiencia enseña acerca de la naturaleza de la verdadera realidad, y compárala con algunas de nuestras ideas y definiciones tradicionales:

«Jesús se fue de allí, y se fue a las costas de Tiro y Sidón. Y he aquí una mujer de Canaán, que vino de aquellos términos, y clamó a él, diciendo: Ten misericordia de mí, oh, Señor, hijo de David; Mi hija está gravemente afligida por un demonio. Pero él, no le contestó nada» (Mateo 15:21-23).

Aquí tenemos una petición de alguien con gran fe, sin embargo, su petición fue ignorada. Los discípulos, que tenían la costumbre de juzgar la fe sobre la base de las respuestas, concluyeron inmediatamente que esta mujer no estaba a la altura. Es por eso por lo que, cuando vieron el aparente rechazo de Jesús, lo animaron en su respuesta. Dijeron: «Despídela; porque ella clama por nosotros» (versículo 23). «Si vas a ignorarla, adelante, y deshazte de ella. Nos está molestando».

Entonces Jesús dijo: «Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (versículo 24).

¡Los discípulos oyeron a Jesús estar de acuerdo con ellos! «No he venido a ayudar a la población. Vengo a ayudar a Israel».

La mujer también escuchó las palabras de Jesús. Pero en lugar de reconocer Sus palabras como un insulto, las ignoró, y se enfocó en quién era Él. El versículo 25 dice que ella vino, y «lo adoró».

¿Alguna vez has llevado una petición a Dios, y no has recibido respuesta inmediata? ¿Qué fue lo primero que el diablo trató de decirte? «No te ayudará. Eres un pecador. Sus promesas son para la gente justa, ¡y tú no calificas!»

Pero si basas tu fe en quien sabes que Dios es, un Padre de amor que acepta a todos los que vienen a Él, te unirás a esta mujer a Sus pies. ¡Ella tenía una fe genuina!

Pero antes de conceder su petición, Jesús añadió otro insulto. Dijo: «No es justo tomar el pan de los hijos, y echárselo a los perros» (versículo 26).

Hoy en día pensamos en los perros como «el mejor amigo del hombre», pero en aquel entonces, los perros no tenían buena fama. Sin embargo, esta mujer sabía algo sobre cómo se trataba a los perros, incluso en su época. Los perros se llevaron las migajas. Y aquí vio la oportunidad que había estado esperando. Si cayera de la mesa del Maestro, ¡incluso una migaja sería suficiente!

En ese momento, Jesús le respondió: «Grande es tu fe, oh mujer; hágase en ti como quieras. Y su hija fue sanada desde aquella misma hora» (versículo 28). ¡Qué historia!

Si la fe se define como creencia, como tomar la palabra de Dios, entonces esta mujer no tenía fe en absoluto. Por otro lado, si la fe significa aferrarse a lo que crees que Dios es, confiar en su amor a pesar de las apariencias, entonces, como dijo Jesús, su fe era grande.

FE CUANDO LAS COSAS VAN MAL

Una de las pruebas de la verdadera fe es aceptar las pruebas, las aflicciones, y las oraciones aparentemente no contestadas, y aun así perseverar en «adorarlo», como lo hizo la mujer cananea. Es fácil adorarlo después de haber recibido las respuestas. ¿Pero qué pasa antes?

¿Permite tu fe las pruebas, el sufrimiento, y la decepción? ¿Te fijas en los momentos en que las pruebas vienen a ti, y te preguntas: «¿Qué hice mal?»? ¿O has aprendido la bendición de las pruebas y el dolor? ¿Hay alguna bendición en los problemas y en las aflicciones? Es fácil, en nuestra naturaleza humana, asumir que la

«bendición» de Dios significa que todo va bien. Pero Dios, a menudo, permite que la crisis entre en nuestras vidas, no porque le guste vernos en un lugar difícil, sino para llamar nuestra atención, para que podamos acercarnos más a Él, en comunión. Él quiere recordarnos nuestra dependencia de Su gracia. ¡Y cuántas veces necesitamos que nos lo recuerden!

Debido a nuestra limitada comprensión, vemos las pruebas y emergencias de la vida, como experiencias negativas. Pero es a través de estos mismos medios, que Dios nos invita a Su presencia.

«Mientras el mundo está sumido en la maldad, ninguno de nosotros necesita lisonjearse de que no tendremos dificultades. Pero son estas mismas dificultades las que nos llevan a la sala de audiencias del Altísimo. Podemos buscar el consejo de Aquel que es infinito en sabiduría» (PVGM página 172).

¿Cuánto se preocupó el pueblo de Israel al aprender esta lección? ¿Recuerdas cómo cada vez que sus provisiones se agotaban un poco, o el enemigo los amenazaba, o encontraban otra causa para el descontento, asumían que Dios los había abandonado? Ellos no entendieron lo que Él estaba diciendo. ¡Ellos malinterpretaron Sus invitaciones a venir a Su presencia! Ellos se perdieron la bendición de las pruebas, y nosotros, a menudo, hacemos lo mismo.

¿Cuál es tu reacción cuando llega una crisis? ¿Te alegras? ¿O te apresuras a ir a la presencia de Dios, y le suplicas que te la quite?

«Cuando la luz brilla en nuestro camino, no es gran cosa ser fuertes en la fuerza de la gracia. Pero esperar pacientemente con esperanza, cuando las nubes nos envuelven y todo está oscuro, requiere fe y sumisión, lo que hace que nuestra voluntad sea absorbida por la voluntad de Dios. Nos desanimamos demasiado pronto, y clamamos fervientemente para que nos quiten la prueba, cuando deberíamos suplicar paciencia para soportar, y gracia para vencer» (La asombrosa gracia de Dios, página 114).

Entonces, una de las evidencias de la fe genuina es nuestra disposición a aceptar la forma en que Dios nos lleva a buscarnos, a entregarnos a Él, y a tener una comunión más estrecha con Él. Nuestra gran necesidad nos impulsa a venir a Su presencia, incluso cuando lo hemos buscado a causa de los problemas. Y cuanto más tiempo pasemos en comunión con Él, más aprenderemos a conocerlo, y mayor será nuestra fe.

Y esto nos lleva a uno de los factores más importantes al reclamar las promesas de la Palabra de Dios: no podemos basar nuestra fe en promesas. Sólo podemos basar nuestra fe en el Prometedor. La naturaleza humana huye de las pruebas, aunque sean buenas para nosotros. Incluso Jesús, en Su vida perfecta y sin pecado, descubrió que preferiría saltarse la parte difícil. Él oró: «Si es posible, pase de mí esta copa». Es la naturaleza humana querer evitar el sufrimiento. Por lo tanto, cuando miramos las promesas que Dios ha hecho, ¡automáticamente elegimos aquellas que encajan con nuestros deseos!

Pero incluidas en las 3.563 promesas bíblicas, hay algunas que son bastante negativas. Si te sientes inclinado a reclamar promesas bíblicas, prueba algunas de estas: «En el mundo tendréis tribulación» (Juan 16:33). ¿Es eso una promesa? ¡Por supuesto que sí! ¿Y qué hay de «no vengo a traer paz, sino espada» (Mateo 10:34)? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que reclamaste esa? Somos mucho más rápidos para reclamar el otro tipo de promesas, ¿no es así?

¡Somos como niños necios que, abandonados a sí mismos, se especializarían en dulces y helados, y menos en verduras!

Las 3.563 promesas bíblicas de Dios no son todas para nosotros, en este momento, y bajo estas circunstancias. No hay nada de malo en reclamar promesas. El problema viene cuando intentamos reclamar las respuestas que queremos o esperamos.

Durante la Edad Media, dos hombres, Huss y Jerónimo, fueron quemados en la hoguera. No les faltaba fe, de hecho, murieron por su fe. Hay una buena promesa para gente como esa: «Cuando camines a través de la llanta, no te desanimarás; ni se encenderá sobre ti la llama» (Isaías 43:2). ¿Deberían Huss y Jerónimo haber reclamado esa promesa, y haberse salvado de las llamas?

¡La fe genuina confía en Dios lo suficiente como para confiarle las llamas! Mira a los tres dignos hebreos en el horno de fuego. Dios escogió librarse, no del fuego, sino en el fuego. Pero no sabían de antemano lo que Dios escogería. Solo sabían, que podían confiar en que Él tomaría la decisión correcta. Lee sus palabras:

«Oh Nabucodonosor, no tenemos cuidado de responderte en este asunto. Si es así, nuestro Dios, a quien servimos, puede sacarnos del horno de fuego ardiente, y nos librará de tu mano, oh rey. Pero si no, sabed, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado» (Daniel 3:16-18).

NOTE OLVIDES DE LOS «OTROS»

En nuestra comprensión de la fe y cómo se relaciona con las promesas bíblicas, nunca debemos olvidar a los

«otros». ¿Has leído últimamente sobre los «otros»? Los «otros» tenían mucha fe, y también el tipo correcto de fe. Están listados en el «capítulo de la fe» de Hebreos 11.

Luego de nombrar a héroes bíblicos como Noé, Abraham, Moisés, y Gedeón, «que por la fe sometieron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas» (versículo 33), el autor de Hebreos continúa hablando de los «otros»:

Y otros fueron juzgados por crueles burlas y azotes, sí, además de prisiones y encarcelamientos: fueron apedreados, fueron aserrados, fueron tentados, fueron muertos a espada: anduvieron errantes en pieles de ovejas y de cabras; fueron indigentes, afligidos, atormentados; (de los cuales el mundo no era digno:) anduvieron errantes por desiertos, y por montañas, y por cuevas de la tierra. Y estos allí, habiendo obtenido buena fama por medio de la fe, no recibieron la promesa (versículos 36-39).

¿Te gustan los «otros»? ¿Te gustaría unirte a ellos? Sólo un tipo de fe puede calificarte para unirte al club de los

«otros»: la fe que confía en un Dios de amor, debido a una experiencia personal, y una relación con Él. Es la fe la que mira a una Persona, no a los resultados de una petición particular. Todos los héroes de Dios tenían ese tipo de fe, porque no necesariamente sabían de antemano si pertenecían al club de los «otros», o no. Se requirió la misma fe para Sadrac, Mesac, y Abednego, para enfrentar las llamas, que para Huss y Jerónimo. Fue el tiempo que ya habían pasado conociendo a Dios por sí mismos, el tiempo que ya habían pasado de rodillas y en comunión con Él, lo que les dio la fe y la confianza para atravesar el fuego. Los resultados de estar en el fuego no venían al caso.

TEN FE, NO DUDES

En Mateo 21, encontramos la historia de la maldición de la higuera. Los discípulos, por alguna razón, estaban muy intrigados por este milagro de Jesús. Podría pensarse que, después de haber visto la vista restaurada a los ciegos, los muertos resucitados, y el mar tempestuoso en calma, una higuera marchita difícilmente excitaría la atención o la curiosidad. Pero la Biblia dice que cuando los discípulos vieron la higuera seca, «se maravillaron». ¡Quizás estaban más acostumbrados a maldecir las cosas! Al fin y al cabo, sabían «hacer descender fuego» sobre los samaritanos.

Cualquiera que sea la razón, en ese pequeño milagro Jesús realmente llamó su atención. En respuesta a su asombro, Él dijo:

«De cierto os digo, que, si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis esto que se hace a la higuera, sino también si decís a este monte: Quítate y échate al mar; se hará. Y todas las cosas que pidiereis en oración, creyendo, las recibiréis» (Mateo 21:21-22).

¿Alguna vez te has acordado de este versículo, y has hecho una petición a Dios, y te has esforzado mucho por no dudar? Tal vez te uniste a la niña con el paraguas, tratando de demostrar, de alguna manera, que realmente creías que tus oraciones serían respondidas.

¿Cómo es que los cristianos tienen fe y «no dudan»?

A menos que se te dé una revelación especial e instantánea de la voluntad de Dios, en un caso particular, como Pedro y Juan aparentemente recibieron en la Puerta Hermosa (ver Hechos 3:1-10), inevitablemente tendrás tus dudas en cuanto a cuál podría ser la respuesta de Dios. Tres dignos hebreos lo hicieron, como hemos notado. De lo contrario, no habrían añadido: «Pero si no...» Pero de lo que no dudas, cuando tienes verdadera fe, es de Él. Si tienes fe y no dudas de Él, recibirás Sus respuestas a tus oraciones.

Así que, una vez más, terminamos en el mismo lugar: la relación con Dios. La única manera de dudar de Él, es no conocerlo. La única manera de conocerlo es pasar tiempo con Él, tiempo personal en oración, y en el estudio de Su Palabra. Está bien dudar de las promesas, si con eso quieres decir que cuestionas tu propio entendimiento e interpretación, de cómo se cumplirán exactamente Sus promesas en tu vida. ¡Es posible que no tengas ninguna advertencia anticipada, sobre si pasarás la noche en el foso de los leones con Daniel, o si serás devorado por los leones en la arena romana! Pero si ahora confías en Su amor, y decides continuar confiando en Él, a pesar de lo que suceda, entonces tendrás la fe que no duda de Él, aunque seas presionado por muchos enemigos.